La historia de la filosofía moderna Levantarse, beber café, escribir, dar clases, pasear. Todo tenía su tiempo adecuado y los vecinos sabían muy bien que eran las tres de la tarde cuando Kant, con su abrigo gris, salía por la puerta de su casa con un bastón en la mano y se dirigía a pasear. Y si el tiempo era malo, podía verse tras el filósofo a su viejo criado lópez.

Lampe, que preocupado por su señor, iba con el paraguas abierto como una imagen de la providencia. Así nos lo describe Heine. Esta imagen ha pervivido y ha servido en parte para enmarcar al filósofo en unos límites demasiado estrechos. Su pasión por la justicia, por la libertad, ha quedado diluida muchas veces en exposiciones triviales de sus ideas. Bajo estas exposiciones sólo se entreveía la figura de un hombrecillo meticuloso, sistemático, tan antigermano de aspecto y que era capaz, sin embargo, de organizar su existencia como una complicada máquina de pensar y de vivir. Al mismo tiempo, el complicado andamiaje de la filosofía crítica canciona ha servido también para ocultar entre sus distinciones y aparentes esquematismos

la inagotable riqueza de sus problemas y de sus intuiciones. Kant es no sólo un momento cumbre en la historia de la filosofía, sino uno de los grandes revolucionarios de las ideas y uno de los hombres que más claramente ha dejado traslucir en su obra los problemas teóricos y prácticos de su tiempo. Precisados a resumir en una fórmula la esencia de su pensamiento, podríamos decir que Kant es el teórico de la ilustración. En un ensayo famoso, Kant había escrito lo siguiente. La ilustración es la salida del hombre de su minoría de edad, de la que él mismo es culpable. Minoría de edad quiere decir la incapacidad de servirse de su entendimiento sin la dirección de otro. Y se es culpable de esa minoría de edad porque la causa de ello no reside en un defecto del entendimiento.

sino en una falta de decisión y de coraje. Atrévete a servirte de tu entendimiento. Esta es la consigna de la Ilustración. El programa de la Ilustración El suelo sobre el que se desplazan sus pensamientos es el suelo de la historia y de la tradición intelectual más fecunda. En esta tradición se destacan principalmente la teoría del conocimiento del empirista inglés Hume, el humanismo russoniano y el ideal de precisión matemática que describe la historia.

el universo de Newton. Hume había insistido en la necesidad de distinguir entre relaciones y términos. Los términos de una relación pueden ser objetivos, reales y en consecuencia sensibles. Todo tiene su origen en los sentidos. Lo demás son relaciones exteriores a la sensibilidad y, en consecuencia, fruto del poder asociador de la mente. De Rousseau aprende Kant un nuevo modelo de hombre que le hace afirmar la más grande tarea del hombre es saber qué debe hacer para serlo. Kant entiende pues el pensamiento filosófico tal como lo habían entendido las figuras verdaderamente importantes de la filosofía, como una manera de cooperar en la relación entre la liberación del género humano en su mayoría de edad y no como un juego de conceptos alejados de la realidad.

pura especulación vacía. En el prólogo de la antropología se dice, todo el progreso de la cultura a través del cual se educa el hombre tiene por objetivo aplicar los conocimientos y actitudes adquiridos en el ámbito y las necesidades del mundo. Pero en el mundo el objeto más importante al que pueden aplicarse todos esos progresos es el hombre. Durante la vida de Kant tienen lugar dos grandes hechos históricos, la guerra de la independencia americana y la revolución francesa. Kant no ocultó sus simpatías por estos movimientos de

liberación colectiva en los que se expresaba la necesidad de conquistar unos derechos humanos basados en la igualdad y en la libertad. Su biógrafo Jackman escribía que durante la revolución francesa y debido precisamente a sus ideas...

Kant fue apasionadamente aceptado o rechazado. El filósofo había roto las normas del juego que pretendían mantener las ideas en el clausurado y lejano mundo de las abstracciones. Por ello, a pesar de la aparente frialdad del sistema conceptual kantiano, la obra del filósofo de Königsberg tenía que ser también una obra crítica. Un universo intelectual cuyos fundamentos se establecían precisamente en la medida en que pudieran destruir lo que sin justificación estuviese tradicionalmente establecido. Pensar consistía, pues, en poner a prueba lo pensado y en no aceptar en principio más que aquello que pudiera llevarse ante el tribunal de la razón humana y que pudiese ante él defender su existencia y esclarecer su sentido. Gracias.

Al comienzo de la crítica de la razón pura, escribe Kant, la razón humana tiene un destino peculiar, al ser inquietada por cuestiones que no puede apartar, pues le son dadas por la misma naturaleza de la razón, que por cierto, no puede responderlas, porque sobrepasa toda capacidad de la razón humana. La filosofía kantiana sería una lucha por unir el dominio teórico con el práctico y por encontrar el camino que conduce a esa suprema humanización. Este camino, sin embargo, no es fácil de recorrer. En el mito de la caverna que Platón nos cuenta en la República, se describe el proceso de liberación humana como una ascensión del prisionero hacia la salida de esa caverna, en donde al fin habría de contemplar la realidad de la realidad humana. La realidad humana es una realidad tal como es, sin las sombras de las opiniones. Pero en Kant, el problema parece planteado en otros términos.

Frente a Platón, para quien el conocimiento sensible es sombra, Kant sostiene que todo nuestro conocimiento arranca de la experiencia. Esta afirmación había sido definida por una larga tradición filosófica. Kant, sin embargo, va a presentar una enmienda importante. La experiencia, elaborada por la sensibilidad, es la fuente básica del conocimiento. Pero esta experiencia no se nos da en el fondo de una caverna, sino en algo así como el centro de una torre rodeada por una doble muralla. La muralla exterior nos pone en contacto con el mundo a través de cinco ventanas, que son los sentidos. Estas ventanas están coloreadas por nuestra sensibilidad, que nos filtra la realidad y elabora una serie de imágenes impregnadas ya de un tinte indeleble. En el centro de la segunda muralla, la historia de la historia de la historia es un poco más amplia.

se encuentra el entendimiento que ordena esas formas en función de las categorías de que dispone y que de alguna manera le son innatas. Conocemos pues la realidad, pero no en sí, sino en mí. El hombre es por consiguiente un legislador de la naturaleza al convertirla en fenómeno, en algo que es lo que se me aparece. Podría pensarse que este esquema simple de la teoría del conocimiento kantiana encierra al hombre en un ámbito asfixiante, en la soledad de su propia razón, que constituye el centro de esa torre del conocer. Sin embargo, para Kant, conocer es liberarse y crear. Esta liberación y creación sólo es posible si de alguna manera la conciencia condiciona nuestra visión a la realidad. La visión de las cosas, y en este conocimiento podemos manejarlas y transformarlas.

La primera pregunta que debe hacerse el hombre es ¿qué puedo saber? El largo camino de la crítica de la razón pura es un intento de respuesta a esta pregunta. Es posible que las

complicadas elaboraciones kantianas por justificar el estatuto del saber matemático o físico y por mostrar la dificultad de un saber metafísico no puedan en principio aceptarse hoy. Pero su planteamiento sigue siendo un planteamiento actual y la filosofía contemporánea lucha por esclarecer la pregunta kantiana ¿qué puedo saber? El segundo gran interrogante kantiano también incide en un momento importante del pensamiento contemporáneo. ¿Qué debo hacer? La moral de Rousseau, que había servido para estimular algunas de las respuestas de la crítica de la razón práctica, tal vez sea ya... algo que no nos satisface. Pero la formulación kantiana...

sigue teniendo vigencia. Lo mismo que sigue vivo su idea de libertad, aunque el modelo de libertad burguesa tal como Kant lo veía sea hoy algo irrepetible. El hombre, además de ser un ser que conoce, es un ser que hace, que utiliza su razón prácticamente. Para establecer las normas de ese hacer, Kant acentúa el carácter autónomo de la ley moral y por consiguiente de la libertad humana. Hasta Kant la moral había sido heterónoma, o sea, para que nuestra libertad se determinase necesitábamos leyes que estuviesen fuera de nosotros. Las éticas anteriores a Kant establecían el bien supremo, la felicidad, la perfección, etc., como último fundamento de nuestras obras. Kant transforma todo ese planteamiento.

Para que el hombre sea libre y por tanto pueda llegar a ser hombre, necesita un principio de lograr que esté dentro de él, dentro de sí mismo, que sea autónomo, que nos empuje desde una libertad no condicionada por imperativos exteriores al menos. Si existe la obligación no puede venir de proposiciones hipotéticas que valen para todo hombre, como por ejemplo, si quieres llegar a viejo, cuida tu salud, y que valdría para mí sólo en el caso de que me interesase llegar a viejo. Son pues imperativos hipotéticos, como los estrictamente morales, si quieres ser feliz, si quieres salvarte, etc. Pero si existe la obligación, tiene que ser un principio de lograr que esté dentro de sí mismo, que nos empuje desde una libertad no condicionada por imperativos exteriores al menos. Tiene que ser un imperativo categórico, que brote de la misma estructura de nuestra voluntad, libre de cualquier imposición fuera de ella misma. El hombre pues, no es sólo legislador, sino que es un hombre que tiene que ser libre de cualquier imposición fuera de ella misma.

de sí mismo. Por encima del mundo del ser, de la naturaleza, se eleva el mundo del deber ser, de la persona, que es la realización continuada de ese deber ser. La filosofía práctica de Kant planteó problemas que repercutieron también en el mundo de las teorías estéticas y las teorías de la historia. Entre el orden del ser, que está sometido a la necesidad física, y el reino del deber ser, sujeto a la necesidad moral, se intercala el dominio de la belleza, que parece consistir en la suprema libertad. Efectivamente el artista no debe pintar así, componer así, crear así. No hay deber ser para el arte, que quizá obedezca a reglas más profundas e incondicionales. Es posible, tal vez, que no es así.

Existe la absoluta creatividad, pero de todas formas es evidente que ni el ser, con la lógica implacable de la naturaleza, ni el deber ser, con la sutil presión de las imperativos morales, son tan libres como la inmensa plasticidad de ese tercer universo poético que es el arte. Entre el individuo y la sociedad que le aglutina y acompaña se intercala el tejido de la historia que manifiesta las tensiones de la vida colectiva, los antagonismos que la fecundan. Estos antagonismos que se ejemplifican en las guerras han de encontrar su superación en la paz perpetua con la que Kant soñaba. El genial teórico de la ilustración dejó expresada

así la idea de la paz perpetua. Y así la utopía que seguiría movilizando todo intento de revolución en las ideas y lo que es más difícil aún en la vida.

Gracias.